

## Suscripción

Gerona un mes . . . 1 Pta.  
Provincia y resto  
de España Trím. 4 "  
Extranjero " 750"

Número suelto  
**5 Céntimos**

# Ciudadanía

Diario republicano autonomista de avisos y noticias

Anuncios, remitidos

y esquelas

Precios convencionales

De los originales firmados son responsables sus autores

**AÑO I**

OFICINAS:

Rambla de la Libertad, 33.-GERONA

Jueves 25 de Agosto de 1910

Dirección Telegráfica:

CIUDADANÍA.-GERONA

**Número 19**

## Alvarez de Castro

Prudencio Bertrana y Diego Ruiz han prestado un servicio a la humanidad y a la Ciencia con la publicación de su folleto *La locura de Alvarez de Castro*; a la humanidad, por que han desglorificado a un hombre mediocre de cuerpo y de alma, sin otro mérito que el de haber sacrificado inhumanamente a una ciudad; a la Ciencia, porque, mediante este «ensayo sobre la psicología patológica de un episodio heroico», han enriquecido con un ejemplar más la lista de los anormales que, por una u otra causa, con justicia ó no, alcanzaron cierta celebridad.

Alvarez de Castro, según demuestran dichos autores con abundantes datos históricos (toda la indigesta obra del señor Grahit ha sido puesta a contribución) y rigurosa lógica científica imparcialmente levantada sobre los mismos, era un predispuerto. «La verdadera causa de su infortunio estaba ya insita de antemano en su constitución somato-psíquica, en ser acaso un *ciclotímico*, como se dice ahora, ó en tener una constitución *paranoide*». Los Sitios fueron la causa ocasional de que se revelara esta predisposición.

Reunía Alvarez todas las condiciones que, según Le Bon (véase su *Psicología de las multitudes*), caracterizan al *meneur*. Era hombre de escasas luces y de poca instrucción; dominado, arrancado a la realidad de las cosas por una idea fija, iba derechamente a su fin, obstinado, ciego y temerario, sin importarle un ardite la vida ni el dolor de las criaturas humanas.

Leyendo la obrilla de los señores Bertrana y Ruiz a menudo dudamos si ese seudo-héroe era un loco de atar ó un ser inhumano, sin corazón y sin entrañas, despojando de todo parentesco con el Señor Don Quijote. De loco y de cruel dió repetidas muestras; y si por lo primero es un deber diseccionarle sin piedad alguna, con exclusión de todo interés que no sea el científico, por lo segundo hay que combatirle implacablemente, para impedir que, cien años después de muerto, continúe influyendo a aquellas gentes sensibles todavía a los relatos de los que hechos puramente belicosos.

La idea fija de Alvarez era superar a Palafox, el defensor de Zaragoza: él también quería la inmortalidad a todo trance. Era preciso matar muchos franceses; él no se contentaba con menos de cuatro ó cinco mil, y para esto deseaba entrasen en la ciudad.

Los hombres verdaderamente heroicos, según la nueva concepción del heroísmo, para satisfacer su inefable anhelo de inmortalidad procuran ser útiles a sus hermanos, y crean, descubren, investigan, ó desnudan su espada por la libertad. Alvarez, sin gran capacidad intelectual (véase el libro del señor De Haro citado en el folleto), sin grandeza de alma, sin amor al prójimo, hubo de satisfacer ese sentimiento, que en mal hora naciera en su corazón, con actos de destrucción, convirtiendo en cementerio a toda una ciudad.

A esa idea lo sacrificó todo: por ella dejó de ser militar—pues prescindió en absoluto de la ciencia de la guerra y rechazó los consejos de sus compañeros, que los tuvo discretísimos, como O'Donnell—; por ella dejó de ser hombre hermano de hombres; por ella aun dejó de ser hidalgo, ya que ni la bandera blanca de los parlamentarios respetaba. Se comprende la sublime «incivilidad» de Cambronne, algunos años más tarde, en Waterloo; pero el proceder de Alvarez, que ni siquiera supo adoptar frente al enemigo una actitud elegante, no encuentra justificación posible.

Si buscamos en su conducta, aparte de su malsana sed de gloria, algún móvil trascendente, sólo hallaremos dos preocupaciones: Fernando VII y la Religión. Fernando VII, traidor a la patria, no merecía que se derramase en su nombre una sola gota de sangre. En cuanto a la Religión, para Alvarez, como para muchos devotos, consistía únicamente en unas cuantas prácticas frías y rutinarias: su devoción era la del fanático. La oración, que es luz en el alma de los hombres humanitarios, era una palabra muerta en sus labios. Si hubiese sido, como aseguran los clericales, un espíritu religioso, no habríamos consentido que el hambre y la peste se apoderaran de la plaza. Y tan poca era su piedad, que ni siquiera profesaba el respetuoso culto a los muertos: se opuso siempre a pedir tregua alguna para que pudiera ser sepultada a los cadáveres que se descomponían por las calles y las plazas animadas dos años antes por el comercio de los hombres y la alegría de vivir.

Por lo atañadero a la caballeridad que resplandeció en los buenos militares, Alvarez de Castro, durante aquellos dos eseclerados años, fué lo que modernamente se llama un ser incivil. Los que intentaban instruirle con sus consejos, eran tratados por él sin distinción alguna. A los bravos comandantes Noguier y Lesenne, que abandonaron las torres de San Luis y San Narciso tras una heroica defensa, se negó a escucharlos. Era un iluminado: no quería saber nada; no necesitaba saber nada. Todos los problemas que trae consigo un sitio y toda su estrategia, estaban comprendidos en estas tres palabras: «vencer ó morir». Recordemos el caso de aquel pobre farmacéutico de Cassá de la Selva, cuyo nombre quisieramos conocer para proponer que fuese grabado en una medalla—que entró en la plaza y con una candida buena fé y un excelente criterio que no sabríamos admirar bastante, habló de rendirse: aquel hombre murió en el convento de Capuchinos, á donde fué conducido por orden del ilustre sepulturero de la ciudad. ¿Qué más? Los jefes del ejército francés, que habían aprendido la hidalguía bajo la influencia del Emperador, eran tratados con groseras palabras de desprecio por el General.

Alvarez no era un ser complejo; no tenía la ductilidad de los espíritus finos; carecía de matices. Pensar es dudar. El desconocía el esfuerzo y el trabajo del pensamiento y por esto no dudaba nunca. Era, por lo tanto, pobre de argumentos. ¿Cómo había de convencer, razonadamente, a los

que se rebelaban, a los que tenían el capricho de querer vivir; a los artesanos que deseaban que la lucha cesara cuanto antes para volver al cotidiano trabajo; a los soldados que anhelaban ser realmente útiles a la patria y se oponían a morir infructuosamente dentro de la plaza? Así, repetía con fiera obstinación las tres palabras de la ridícula divisa de su sombrero: «vencer ó morir»; así, a cada vital sacudida de descontento, reproducía, sin modificar una sola letra, aquel memorable bando según el cual sería castigado con pena de la vida, ejecutada inmediatamente, todo aquel que profiriese la voz de rendición ó capitulación. Sagazmente, al fijarse en aquella cantilena y en el bando, los señores Bertrana y Ruiz constatan en Alvarez estos tres medios de acción:—afirmación, repetición y contagio—que, según M. Le Bon, distinguen a los *meneurs*.

La idea de la muerte llenaba el cerebro de Alvarez de Castro y se transparentaba en todas sus palabras; obseso de ella, era incapaz de comprender cómo los demás pudieran resistirse a morir. Un oficial encargado de una pequeña salida le preguntó adónde se acogería, caso de retirarse. Severa, he aquí la respuesta del General: al «cementerio».

La vida le importaba poca cosa; creía en un dios paradójico que desde su trono reparte recompensas a los que han inmolado a la humanidad; por otra parte, se figuraba que las generaciones venideras hablarían de Gerona, *gracias a él*, como de Sagunto. No cabe negar que de esta manera, a costa de tantas vidas, realizaba un pingüe negocio de ultratumba.

Tal fué su delirio. Hay que reconocer que ese delirio le hizo vivir intensamente, pero con una intensidad que en nada se asemeja a la del sabio que busca una ley nueva en el orden científico, a la del pensador que persigue una verdad irrevelada, a la del poeta que crea almas y muestra perspectivas espirituales desconocidas a los hombres, a la del músico que, como Weber al componer su *Freyschütz*, ve aparecer delante de sí al propio diablo creado por su fantasía... Era una intensidad de maníaco y de hombre que no siente la simpatía humana; era la intensidad infecunda del egoísta. Porque Alvarez no era más que un egoísta de la gloria. «Toda Gerona envuelta en llamas era el incienso que convenía al héroe en aquellos momentos que habían de servir para que la historia no le olvidara ya.»

El delirio de Alvarez se exacerbó hasta dar lugar a una fiebre intermitente, una perturbación completa de sus facultades mentales, según opina un contemporáneo tan poco sospechoso como es el padre Cúndaro. Y llegado este momento la Junta de defensa de la ciudad vióse obligada, previo informe facultativo, a substituirle en la persona del noble general D. Julián de Bolívar, á quien el pueblo, al desarmarse, las algaradas preliminares de los Sitios, había destituido por pecar de harto prudente.

Una vez fuera del trágico escenario el general Alvarez, la gente, como por encanto, pensó en vivir, y por todas partes renació la esperanza, a

pesar de que algunos insensatos, sugestionados todavía por el héroe, intentaban disuadir a los que querían conservar lo poco que se había salvado, más que del sitio de los franceses, de la locura de Alvarez: cuatro mil vidas y algunos edificios destruidos por las granadas cuatro mil vidas lamentables en sacrificar si, infortunadamente, tarda algunos días más en sobrevenir el período agudo de su enfermedad.

Al llegar al desenlace no debemos pasar por alto un detalle de sencilla y perdurable belleza que demuestra que los franceses, tan prudentes en su plan de campaña y tan preocupados siempre por ahorrar las propias y las ajenas vidas, eran mucho más humanos que Alvarez de Castro: mientras se redactaba el acta de la capitulación, unos cuantos soldados del ejército sitiador se acercaron e hicieron fraternalmente pan, vino, y queso a los pobres supervivientes que allí quedaban.

En este folleto, los señores Bertrana y Ruiz indican brevemente los caracteres del alma colectiva de Gerona en aquella época, demostrando que era terreno bien preparado para que germinaran en él los sentimientos de Alvarez. La neurosis religiosa había hecho presa en el pueblo, que, consciente ó no, lo que combatía en las tropas napoleónicas era el espíritu libertador de la Revolución Francesa. Los sectarios de aquella época sólo veían en los soldados del Emperador gentes sin Dios, al igual que los fanáticos de nuestros días sólo ven en la escuela emancipada, la escuela sin Dios. Son los mismos, á través de un siglo. En todas partes han evolucionado menos aquí; hoy, como ayer, si el pueblo estuviera más atrasado, intentarían defenderse de los dirigibles militares nombrando generalísimo de los ejércitos de mar y tierra a San Narciso.

Son aquellos que, con armas de no muy buena ley, confundiendo deliberadamente las cosas y haciendo gala de una fácil ironía que no sienta muy bien en doctos sacerdotes, han atacado la honrada labor de los señores Bertrana y Ruiz. Las graves afirmaciones contenidas en el folleto no han indignado a nadie más, y esto demuestra que ya estaban en todas las conciencias.

Al pueblo ya no se le engaña, y a los hombres estudiosos, menos. Aun en esta Gerona del pasado, si algún impulso levanta las voluntades, es el amor a la Libertad, a la Vida. Nuestros jóvenes, aquellos mismos que han sido educados en colegios religiosos, son unos audaces *descreídos* que tienen una sonrisa para la «fe de nuestros mayores» y elaboran en su espíritu nuevas creencias.

Que Bertrana y Ruiz han interpretado el sentir de todos lo corrobora el que, cuando el Centenario de los Sitios, no hubo un gerundense que ofendiera cinco céntimos para celebrarlo con esplendor. Si fuera posible que los Sitios se reprodujeran bajo las mismas circunstancias que en 1808-1809, estad seguros de que no se derramaría una sola gota de sangre. ¡Mal año para el Alvarez de

Castro a quien el afán de la propia gloria trastornara el cerebro y embotara sus facultades de simpatía!

La leyenda ha muerto; en el espiritual camino, hemos pasado por encima de otro cadáver. Gerona aún puede renovarse: llamada está, si quiere unir su destino a la civilización de nuestro siglo, á crear nuevas leyendas y á engendrar nuevos héroes.

Para la leyenda futura nosotros estamos dispuestos á ofrendar nuestra bella sangre indómita; para ceñir las sienes del héroe que nos redima, ofrendamos con gusto las mejores rosas de nuestro espíritu.

CARLOS RAHOLA.

DE COLABORACIÓN

## ¿Que quieres que haga?

Para el amigo y correligionario  
Eduardo Solés Ladrach de Cardona

Solo el desecho de complacerte puede alentarme y conducirme hasta el atrevimiento de romper este silencio, en el que voluntariamente me he sumido, y digo voluntariamente sin que en esta palabra vaya ni por asomo un átomo de cobardía, ni la más insignificante prueba de que mi fé por el sagrado ideal, haya perdido el ardiente entusiasmo que demostré toda mi vida.

Nuevas orientaciones impuestas por el generoso impulso de briosos luchadores, encauzan por derroteros nuevos el amor progresivo, y legiones de esforzados paladines, acuden al campo en que luchan á muerte las últimas siluetas de un pasado de errores y barbarismo, con los esplendorosos rayos de un porvenir radiante de libertad y justicia.

La gradación es lenta el paso es insemblemente pequeño, pero el triunfo es inevitable como lo causa es justa, y los luchadores cansados de sufrir, bien pueden permitirse un momento de descanso, no como premio que sería mal entendido, sino como tregua que pueda fortalecer el espíritu y prepararlo á nuevas conquistas.

Ese momento de reparador descanso es un momento solemne en el que cesa una batalla, para dar comienzo á otra, pues tal es la fé del verdadero luchador, y si la materia se entrega al descanso, no es así el espíritu. Siguiendo uno á uno los pasos de la encarnizada lucha, el espíritu guiado por la intrepidez del pensamiento, observa, escucha, analiza y juzga, hasta no perder ni el más pequeño detalle, y de los acontecimientos poder sacar lecciones de experiencia que llega á ofrecer generoso á la justicia de su causa.